

vamente a ocupar los resortes teóricos del gobierno, sino a ampliar un pacto con fuerzas del centro y de la derecha, lo cual se revelaría en el intento de "compromiso histórico" de Berlinguer. El comunismo francés, Marchais, habría tardado más tiempo en aceptar esta tesis, que, finalmente, sumiría en su histórico XXII Congreso. Para Santiago Carrillo, el proceso evolutivo habría sido más difícil: ligado al Partido Comunista Francés por razón de su exilio, pero distante de él por una posición de crítica a la URSS más viva últimamente en Carrillo que en ningún otro dirigente comunista europeo (quizá, pueda pensarse, por el hecho de que el primer exilio comunista español en la URSS hubo de sufrir mucho en su relación con los soviéticos), pero viajero de Roma con mucha continuidad, habría servido de puente y se habría beneficiado de todas las experiencias.

El problema histórico del cunhalismo en Portugal podría parecer una confirmación de la justeza de miras de los tres grandes partidos europeos. Cunhal se sintió heredero del más auténtico bolchevismo. Quizá, como ha dicho Carrillo, porque ha pasado demasiado tiempo en prisión como para advertir los cambios de situación en Europa y en el mundo. A pesar de sus grandes diferencias de situación objetiva, Portugal debería interesar mucho al partido italiano —más que al francés—; y, sobre todo, al español. Cunhal no tuvo en cuenta la situación imperial del país y de Europa; no advirtió la fuerza que puede tener una internacional socialista, sobre todo, cuando coincide en algunas apreciaciones con el imperialismo. Cunhal, sobre todo, había mantenido durante sus duros años de espera la creencia de que el final del fascismo suponía una revolución inmediata y un cambio de signo total. La consecuencia fue no solamente su reducción a la impotencia por las grandes formas de presión mundial que estaban muy interesadas en que Portugal no fuera Cuba en Europa, ni Angola, sino una falta de adhesión de la masa electoral. Las pérdidas electorales de abril de 1975 pudieron también iluminar a Carrillo —que, por su parte, tenía en esa fecha su opinión muy formada— y, sobre todo, en Marchais, que debió decidirse a abandonar el relativo "stalinismo" de que todavía se le acusaba y debía llegar a su XXII Congreso, al abandono de la dictadura del proletariado y del internacionalismo proletario, en el sentido de no aceptar más el mimetismo de la Revolución rusa en 1917 y los sucesivos pasos del comunismo en aquel país. Si la URSS, más que por su poder, era admirada como ejemplo "científico" del desarrollo del comunismo, pronto dejaría de serlo. El modelo no servía.

Pueden añadirse los acontecimientos de Checoslovaquia, después de los de Hungría, como muy

significativos. Y también especialmente para los comunistas españoles, que tenían en Praga una amplísima representación y unas facilidades de trabajo y que había compartido muchas veces los puntos de vista de Dubcek, cuya primavera de Praga resucita en cierta forma en esta "primavera de Madrid".

Uno de los aspectos que la mayor parte de los observadores políticos de todo el mundo han advertido en esta reunión, es el del apoyo internacional —al menos, en este caso, francés y socialista— al comunismo español. Muchos van a decir —como Marcel Niedergang en "Le Monde" y no es más que un ejemplo— que se trata del "objetivo número 1". No parece tan claro coincidir con esta opinión. La conferencia "eurocomunista" tendría que haberse celebrado de cualquier forma y representa mucho más en la totalidad del movimiento comunista de lo que sería el apoyo a un partido nacional. Ahora bien, el hecho de que se haya celebrado en Madrid y que toda la primera, larga parte, esté dedicada al apoyo del Partido Comunista de España revela en, efecto, un gran sentido de la oportunidad (no del oportunismo). Este partido en entredicho en su propia nación, convertido en cabeza de turco para la gran derecha que de esta manera quiere combatir a to-

da la izquierda e incluso al Gobierno que se manifiesta democrata y aperturista; perseguido y con militantes continuamente detenidos; enviado al Supremo antes de ser legalizado y con sospechas de que no vaya a serlo antes de las elecciones, si lo es alguna vez; discriminado en todos los niveles y víctima de una campaña de prensa fortísima, en la que no se omiten ninguno de los viejos sistemas de ataque; incluso considerado con desconfianza por la misma oposición en la que milita; atacado incluso por su actuación en la guerra civil de hace más de cuarenta años —tema sobre el que cualquiera debería abstenerse de tirar la primera piedra si se siguiera en conciencia el Evangelio—; este partido necesita una imagen y necesita un apoyo. En este aspecto, no sólo la declaración de Madrid, sino las palabras propias de Carrillo ante sus colegas durante la conferencia de prensa, contribuyen a la limpieza de esa imagen. No siendo la pretensión primordial de la conferencia, es probablemente la más conseguida.

¿Cuál es el futuro del "eurocomunismo"? En primer lugar, debe ser el de ampliarse. La realidad es que ahora no pertenece más que a estos tres partidos del Sur que lo sustentan, sin siquiera emplear su nombre. En segundo lugar, el de llegar a conseguir sus

objetivos de formar parte de las coaliciones gubernamentales. No lo ha conseguido en Italia, a pesar de su mayoría electoral. Podría ocurrir que lo consiguiera en Francia, donde la mayor parte de los observadores imparciales convienen ya en que las próximas elecciones van a significar un triunfo de la izquierda y lo único que se discute es la proporción que pueda obtener. Pero en Francia se encontrará para gobernar con el obstáculo del residencialismo constitucional, y Giscard entiende seguir presidiendo el país, aunque sea con un Parlamento de mayoría de izquierda.

En España, las posibilidades del comunismo son muy lejanas todavía. Ni está legalizado ni ha conseguido vencer la vieja desconfianza, ni aún se sobreponen a los partidos y sindicatos de vocación y formación proletaria. Nadie sabe cómo van a ser las elecciones, pero aunque fuesen enteramente libres y con formas de propaganda legal para todos, el Partido Comunista no obtendría una votación demasiado elevada; tendría que esperar a las elecciones siguientes para hacerse notar en la nación por algo más que por la plataforma que le están dando sus propios enemigos y por la habilidad innegable de sus dirigentes actuales para la creación de una imagen mayoritaria importante. ■

CAPITAL DEL EUROCOMUNISMO

MIGUEL SALABERT

CARRILLO, Berlinguer y Marchais, reunidos en Madrid. Hace tan sólo tres meses, la escena habría cabido únicamente en un guión de política-ficción.

Pero allí estaban, para satisfacción de unos, para cólera de otros (como "ABC" y "El Alcázar", que en estos días se han rasgado las linotipias y se han deshecho en aspilleros tipográficos) y para asombro de todos.

Sin embargo, por reales que fueran los actores y el escenario de la política-ficción, subsistía un elemento que daba a la escena un fondo de contraste casi onírico, casi irónico: el del mantenimiento en la ilegalidad del PCE.

Carrillo, el hombre que con su iniciativa había polarizado la atención mundial y atraído a Madrid a más de doscientos periodistas extranjeros procedentes hasta del Japón, y a todas las redes de televisión europeas, no podía, en cam-

bio, reunir en torno suyo para cenar a más de veinte personas. Junto a Berlinguer, cuya situación es hoy casi más la de un hombre de Estado que la de un jefe de partido; junto a Marchais, al que la evolución de la política francesa perfila ya como un futuro hombre de Gobierno, Carrillo, recién salido de la clandestinidad, estaba allí como el dirigente de un partido al que se reconoce como un factor clave en la implantación de la democracia en nuestro país, hasta el punto de constituir por sí solo, según Maurice Duverger, el verdadero "test" de la misma, pero también como el jefe de un partido cuyo Comité Ejecutivo debía dividirse, para almorzar, en dos salas separadas.

En contraste con estos hechos, la presencia de trescientos periodistas de todo el mundo en torno a los tres dirigentes comunistas reflejaba la existencia de los partidos comunistas meridionales como una

fuerza real en el futuro de Europa. Y esta reunión mostraba asimismo que el acercamiento de España a Europa pasa también por los comunistas.

A regañadientes y rechinando

La expectación creada por la cumbre eurocomunista hizo aún más llamativas las limitaciones impuestas por las autoridades gubernativas al desarrollo de la misma. Los organizadores habían previsto simultáneamente la celebración y la prohibición de un mitin público. Acertaron la segunda. Lo único que pudieron obtener fue la autorización, dada verbalmente y a última hora, ya con Georges Marchais en Madrid, de celebrar la rueda de prensa de la que el lector hallará información en otro lugar de este número. La resistencia del gobernador de Madrid, señor Rosón, a conce-

der la autorización cedió únicamente ante la advertencia que se le hizo de que los tres dirigentes comunistas estaban dispuestos a celebrar tantas conferencias de prensa como fueran necesarias por grupos de periodistas que no excedieran de veinte.

El escándalo que esto hubiera producido y el sentido del ridículo —que a veces funciona también aquí— indujeron a las autoridades a dar su aprobación a regañadientes y rechinando, pero limitada a una sola edición y a dos horas de duración. Los demás contactos con la prensa durante el desarrollo de la conferencia tripartita se hicieron por grupos fraccionados.

Las restricciones impuestas por las autoridades se extendieron hasta aspectos tan mínimos y mezquinos como el de impedir que las recepciones de Marchais y Berlinguer en el aeropuerto por Santiago Carrillo (que estaba acompañado de Manuel Azcárate, Leonor Bornaio, Jaime Ballesteros, Díaz Cardiel, Romero Marín y Sánchez Montero) tuvieran lugar en la pista de aterrizaje o en el interior del aeropuerto. Esto provocó tales tumultos, a dos horas de intervalo, con los fotógrafos pugnando por captar las imágenes del abrazo de Carrillo con sus homólogos francés e italiano, que poco faltó para que hubiera que recurrir a las ambulancias. La acometida de los fotógrafos en ambas ocasiones fue tan impresionante, que la verdadera fotografía periodística se desplazó de los dirigentes comunistas al lo inextricable de brazos, codos, manos y cámaras que se formó en torno a aquéllos. Algún fotógrafo se quedó sin fotos y hasta sin cámara en el "Cafarnaum" que se armó allí.

Marchais pudo improvisar en plena calle una breve conferencia de prensa en la que dijo que el objetivo fundamental de su visita a Madrid era el de expresar así la solidaridad de su partido con el PCE.

Marchais se mostró exuberante, en plena forma. Parece haber perdido ese aire crispado que hace algún tiempo le era habitual. En cuanto a Berlinguer, extralido con fórceps de la "marabunta" periodística, fue llevado en volandas al Cadillac antediluviano, pero blindado, que acababa de llegar, tras una loca carrera de dos días, desde Bucarest, y que había sido regalado hace ya algún tiempo por Ceaucescu a Carrillo. Berlinguer, que suele ser muy parco con los periodistas, lo fue esta vez más que nunca. Apenas si pudimos verlo. Su figura es aquí menos familiar que la de Marchais. Su as-



Detrás de Berlinguer, Carrillo y Marchais, de izquierda a derecha, Inguanzo, Sánchez Montero, Santiago Álvarez, Ormazábal, Díaz Cardiel, Ballesteros.

pecto frágil y concentrado se aviene mejor con el de un intelectual que con el de un dirigente político que lleva sobre sus hombros el peso de casi trece millones de votos y de un partido que cuenta con un millón ochocientos mil militantes y una profunda influencia social y cultural. Su sempiterna seriedad expresa mejor, en cambio, la difícil responsabilidad arbitral en que se ha situado a su partido el precario equilibrio de la situación política y social italiana, y para cuya superación viene preconizando el "compromesso storico".

Podría creerse que a lo largo de su azarosa vida Carrillo ha pasado ya por todas las emociones, pero la que le embargaba ese día era tan visible que parecía ser inédita. Lo que no le impedía, entre chupada y chupada a su sempiterno cigarillo, moverse con soltura y habilidad entre las más diversas y algunas hasta incongruentes preguntas de los periodistas, mientras esperaba a sus colegas. Entre otras cosas, nos confirmó allí su emoción de poder recibirlos en Madrid. "Es importante, porque cada vez que quería hablar con ellos tenía que ir a Roma y a París", dijo en francés a un periodista belga. "Sí, yo espero que nos legalicen; sería incomprensible para los españoles y para los europeos que no se legalizara al PCE". Carrillo parecía indignado por la afirmación hecha ese mismo día por "ABC" de que la llegada a Madrid de los secretarios generales del PCF y del PCI constituía una "presión sobre el Tribunal Supremo", en quien el Gobierno ha delegado la tarea más política que jurí-

dica de legalizar o no a los partidos comunistas. "De ningún modo se trata de una presión —dijo Carrillo—. Nosotros respetamos la independencia de los Tribunales. Por aquí han pasado las Internacionales liberal, demócrata-cristiana y socialista, y a nadie se le ha ocurrido pensar que en sus visitas hubiera una maniobra de presión".

A la pregunta de un periodista acerca de si la reunión en Sofía de los partidos del Este podía ser una respuesta a la "cumbre" eurocomunista, Carrillo, sorprendido, respondió que ignoraba que hubiera sido convocada una reunión en Sofía. "Como yo no conozco el ruso, no puedo leer la 'Pravda', y... ¿vosotros sabiais algo?", preguntó a Segre y Denis, miembros de las delegaciones italiana y francesa. Ambos respondieron que tampoco sabían nada de tal conferencia.

La llegada de Berlinguer puso fin al interrogatorio de los periodistas.

En el hotel, y durante los dos días de la reunión, la Policía veló en forma discreta, pero muy atentamente, por que en ningún momento se produjeran concentraciones de más de veinte personas, y fue ella la que controló el acceso a la rueda de prensa.

Cerca de un centenar de militantes del PCE montaron de día y de noche un servicio de vigilancia en plantas y ascensores, en el garaje y en la calle, y controlaron en todo momento el paso a los lugares en los que las tres delegaciones se hallaran reunidas. Una llamada anónima a la sede del PCE anunciando que iba a estallar una bomba en el aeropuerto, a la llegada de Mar-

chais, fue el único incidente que se produjo durante esos días.

La Historia no retendrá los menudos detalles de las restricciones y limitaciones con que se ha desarrollado la "cumbre" eurocomunista de Madrid, y hará mal, porque son estos detalles los que, por debajo de la espectacularidad del acontecimiento, mejor definen esta extraña situación de ficción y realidad que estamos viviendo, y a la que algunos han calificado, un tanto apresuradamente quizá, de pre-democrática.

El diario "Le Monde" ha intentado anticiparse a la Historia apostando contra el tiempo este titular: "El encuentro de Madrid ha consagrado al eurocomunismo".

Un encuentro que ha requerido para cada uno de sus protagonistas un largo camino.

Los puntos de llegada

Los antecedentes más inmediatos de la "cumbre" de Madrid se hallan en los encuentros bilaterales PCE-PCI de Livorno (julio de 1975) y de Roma (septiembre de 1976), este último con motivo de la reunión plenaria del Comité Central español, en la que Carrillo anunció la salida a la superficie de su partido, y también en el franco-italiano celebrado en el Instituto Gramsci, de Roma, en noviembre de 1976.

Las declaraciones surgidas de esos encuentros bilaterales contienen ya las líneas esenciales de lo que ha dado en llamarse "eurocomunismo", y que tanto esos documentos como la declaración conjunta de Madrid sintetizan en estos términos: pluralismo de las fuerzas

políticas y sociales, y respeto, garantía y desarrollo de todas las libertades individuales y colectivas: libertad de pensamiento y de expresión, de prensa, de asociación y reunión, de manifestación, de libre circulación de las personas en el interior del país y al extranjero, libertad sindical, independencia de los sindicatos y derecho de huelga, inviolabilidad de la vida privada, etc.

La declaración común de Madrid no aporta sobre las de Livorno y Roma más novedad a este respecto que la del referendario conjunto por los tres partidos de los principios, objetivos y concepciones estratégicas generales expresados ya en las citadas declaraciones bilaterales. Pero por sí solo este hecho es importante y basta para justificar el antecitado titular de "Le Monde".

Mas estos encuentros son puntos de llegada, aunque lo sean también de partida, y han sido precedidos por una evolución que a través de las muy diferentes situaciones concretas de cada partido les ha llevado, a cada uno por su lado, a una amplia convergencia de concepciones. Una de estas concepciones comunes es el rechazo para sus respectivos países del modelo soviético y de Europa Oriental. Otros partidos, como el japonés, el finlandés y el británico, han evolucionado de forma similar.

Los eurocomunistas rechazan definirse negativamente, es decir, con relación al modelo soviético, y afirman que sus nuevas concepciones han nacido de la aplicación del marxismo creador a las condiciones concretas de sus respectivos países. Pero es claro que para que esa "aplicación del marxismo creador" haya sido posible han tenido previamente que liberarlo del dogmatismo en que lo había encerrado el stalinismo. Y sabido es que acontecimientos tan traumáticos como lo fueron para los comunistas las revelaciones del XX Congreso del PCUS y la invasión de Checoslovaquia —con la que para muchos acabó definitivamente el mito de la actitud hacia la URSS como piedra de toque del socialismo revolucionario— han jugado un papel determinante en este proceso.

De los tres partidos reunidos en Madrid es el PCE el que ha ido más lejos en sus posiciones críticas hacia ciertos aspectos del sistema socialista de la URSS, y los tres comunicados individuales emitidos en la "cumbre" de Madrid así lo confirman.

"Nosotros, comunistas —dice la declaración firmada por Carrillo—, no vacilamos en condenar con toda energía las violaciones inferidas a este patrimonio común (el de los derechos humanos) en cualquier lugar donde se produzcan, cualquiera que sea el régimen social o político que las cause, incluso cuando los

responsables pertenecen a partidos que afirman los ideales socialistas".

La prensa resaltó el hecho de que la declaración conjunta no acogiera estas críticas. Interrogado por TRIUNFO a este respecto, Manuel Azcárate, responsable de las relaciones internacionales del PCE, nos dijo: "Marchais ha explicado las razones en la conferencia de prensa. Esta actitud está ligada con la negativa de los partidos que coincidimos en estas posiciones a constituir cualquier formado bloque o centro regional expendedor de condenas y excomuniones. Nosotros recusamos esto. Uno de los puntos más importantes del eurocomunismo es el de la plena independencia y soberanía de cada partido para definir su propia estrategia, para emitir sus juicios y críticas, etc. Esto es lo que parece no haber comprendido bien la prensa. De todos modos, que esas críticas no aparezcan en la declaración común no modifica nada. Los tres partidos han dejado perfectamente clara su condena de la violación de las libertades. Y cada uno lo ha hecho en los términos que ha creído más adecuados".

Un optimismo científico

Las tres delegaciones (Enrico Berlinguer, Sergio Segre, Mauro

Tazo y Ana Azzoline, por el PCI; Georges Marchais, Jean Kanapa y Jacques Denis, por el PCF; Santiago Carrillo, Manuel Azcárate y Leonor Bormao, por el PCE) se reunieron en tres sesiones de trabajo, en las que cada uno de los tres secretarios generales expuso la situación política de su país.

Ninguna sorpresa cabía esperar de esas reuniones, que normalmente suelen estar precedidas de discusiones previas y de intercambio de borradores para la elaboración del comunicado final. Tal era el caso de ésta, con los mutuos desplazamientos de miembros de los ejecutivos de los tres partidos a las distintas capitales para preparar la reunión, desde que Carrillo tomara la iniciativa de convocarla a mediados de enero.

Entre los acontecimientos de las llegadas al aeropuerto y de la conferencia de prensa, lo más noticiable, al margen de la revelación hecha por Carrillo a los periodistas, a través de Azcárate, de que su partido había hecho ya entrega de un total de 150.000 carnets, fue la presencia, como comensales invitados, de Areilza, Ruiz-Giménez, Fernández Ordóñez, Tierno Galván y Luis Yáñez. Los dos primeros estuvieron muy pocos minutos, el tiempo de hacer un brindis con sus anfitriones, por tener contraídos compromisos anteriores. Pero esos po-

cos minutos les van a zumbir bien en los oídos, sobre todo a Areilza. Los de Alianza Popular han cogido su gesto al vuelo y no lo sueltan. La ausencia de Felipe González fue muy comentada. Estaba de viaje y delegó su invitación en Luis Yáñez.

A la conferencia de prensa, al día siguiente, asistió todo el Comité Ejecutivo del PCE en pleno, con Gregorio López Raimundo, Ramón Ormazábal y Santiago Álvarez, secretarios generales del PSUC, del PC de Euzkadi y del PCG, respectivamente.

¿Qué nueva sorpresa prepara Santiago Carrillo en su escalada de presencia tras haber armado la marimorena con su famosa presentación a la prensa, su posterior detención y liberación y esta "cumbre" que durante dos días ha hecho de Madrid la capital del eurocomunismo?

La próxima puede ser, si nuestra información es cierta, la reunión en pleno del Comité Central, una vez conocida la ley electoral, para la aprobación del programa y de la lista definitiva de los candidatos. "Esperamos —me dice mi informador— que sea una reunión abierta, legal y bajo la presidencia de Dolores Ibarruri". Los comunistas españoles tienen más moral que el Alcoyano. Pero a eso no le llaman optimismo alcoyano, le dicen "optimismo científico". ■ M. S.

LA RUEDA DE PRENSA

SANTIAGO CARRILLO: UNA CONCEPCION DEL SOCIALISMO

ESTA conferencia es, en primer término, una manifestación de solidaridad de los comunistas franceses e italianos no sólo con el PCE, sino con el conjunto de las fuerzas democráticas de este país y con todo el proceso en marcha hacia la democracia en España. Al mismo tiempo, esta conferencia nos da la posibilidad de definir una vez más las coincidencias entre nuestros tres partidos sobre la vía hacia el socialismo y la concepción del socialismo".

MARCAIS: EL EUROCOMUNISMO NO ES UNA INTERNACIONAL

"Nosotros no hemos inventado la palabra eurocomunismo. Pero no nos molesta. Les molesta a otros. Porque, ¿qué quiere decir eso? Que por encima de las diferencias que

existen en nuestros países hay una serie de situaciones análogas y que a éstas ofrecemos respuestas convergentes. Estamos en 1977. Ha pasado mucho agua bajo los puentes desde 1917. Hoy existen condiciones para una democracia en vía hacia el socialismo. Para nosotros, la democracia socialista en nuestros países no tendrá la misma naturaleza que en los países socialistas. He aquí otro punto de convergencia. Si a eso se le llama eurocomunismo, de acuerdo. Pero lo que yo quiero decir, es que si aquí se pensaba que el eurocomunismo es un nuevo centro, tenemos que decir que no. La Internacional Comunista tuvo su tiempo y la historia la juzgará, pero, créame, no hemos salido de una internacional para entrar en otra".

CARRILLO: NO DESAFIAMOS A NADIE

"Nuestra reunión no ha sido un desafío contra nadie. Nosotros no

nós definimos por una posición negativa contra nadie, sino por una posición afirmativa, por una serie de ideas expresadas en un documento común".

BERLINGUER: NO SOMOS SOCIALDEMOCRATAS

"El PCI ha manifestado cuál es su real política y no se presta al juego de los que piden siempre algo más, si se entiende esto como un acercamiento nuestro a las posiciones socialdemócratas. Somos un partido comunista distinto en muchos aspectos de los partidos comunistas que están en el poder. Sin embargo, queremos continuar siendo un partido comunista y no un partido socialdemócrata".

MARCAIS: NO CONDENAREMOS A NADIE

En el documento se reafirma el interés por las libertades colectivas